

Hay que asumir riesgos (7/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo

Hechos 10.24-38

18 de octubre de 2015

Hay que asumir riesgos (7 de 13)

CITA BÍBLICA: Hechos 10.24-38 (RVR1960)

24 Al otro día entraron en Cesarea. Y Cornelio los estaba esperando, habiendo convocado a sus parientes y amigos más íntimos. 25 Cuando Pedro entró, salió Cornelio a recibirle, y postrándose a sus pies, adoró. 26 Mas Pedro le levantó, diciendo: Levántate, pues yo mismo también soy hombre. 27 Y hablando con él, entró, y halló a muchos que se habían reunido. 28 Y les dijo: Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo; 29 por lo cual, al ser llamado, vine sin replicar. Así que pregunto: ¿Por qué causa me habéis hecho venir?

30 Entonces Cornelio dijo: Hace cuatro días que a esta hora yo estaba en ayunas; y a la hora novena, mientras oraba en mi casa, vi que se puso delante de mí un varón con vestido resplandeciente, 31 y dijo: Cornelio, tu oración ha sido oída, y tus limosnas han sido recordadas delante de Dios. 32 Envía, pues, a Jope, y haz venir a Simón el que tiene por sobrenombre Pedro, el cual mora en casa de Simón, un curtidor, junto al mar; y cuando llegue, él te hablará. 33 Así que luego envié por ti; y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado.

34 Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, 35 sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia. 36 Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; este es Señor de todos. 37 Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: 38 cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.

INTRODUCCIÓN:

Como vimos en las primeras lecciones de este trimestre, Pedro es uno de los personajes principales de los primeros capítulos de Hechos. Pero en los capítulos 6 al 8 de Hechos, y hasta la mitad del 9, Pedro es un personaje secundario, pues la atención se centra primero sobre

Esteban, luego sobre Felipe, y por fin sobre Saulo y su conversión. Acerca de todo esto hemos hablado en semanas recientes.

Entonces sigue toda una sección en Hechos donde Pedro viene a ser personaje predominante (Hch. 9.32–12.17). Antes de llegar al pasaje impreso para hoy, Lucas nos cuenta de un viaje de Pedro que le lleva hacia el oeste de Jerusalén, primero a Lida y luego a Jope. En esta última ciudad tiene lugar la resurrección de Dorcas (Hch. 9.36-42). Después de ese milagro, Hechos nos dice que “Pedro se quedó muchos días en Jope en casa de un cierto Simón, curtidor” (Hch 9.43). Luego, Pedro está en Jope al comenzar la historia que se narra en nuestro texto para hoy. Pero la historia no empieza en Jope, sino en Cesarea —donde también termina.

El pasaje todo que estudiamos hoy es el resultado dos visiones: la de Cornelio en Cesarea y la de Pedro en casa de Simón el curtidor, en Jope. Y las dos visiones entonces convergen en Cesarea, donde empieza nuestro texto impreso. Allí Pedro se encuentra con Cornelio y tiene lugar la conversión tanto de Cornelio como de sus allegados. Esa conversión tendría consecuencias que se sienten hasta el día de hoy, según veremos en la lección de la semana que viene. Pero para entender la enormidad de lo que Pedro se atreve a hacer tenemos que leer todo el capítulo 10. Por eso, al principio del “Análisis de la Escritura” veremos algo de lo que sucedió antes del texto impreso, y al final veremos algo de lo que sucedió después.

PROPÓSITO:

La fe es fuente de seguridad. De eso no cabe duda. Pero con demasiada frecuencia olvidamos que la seguridad que la fe nos da es una seguridad que nos permite y hasta requiere asumir riesgos. La lección de hoy se centra en los riesgos que Pedro tuvo que tomar, y en el modo en que esto apunta hacia esa otra dimensión de la fe frecuentemente olvidada: la fe como base desde la cual asumir riesgos.

VOCABULARIO BÍBLICO:

CESAREA: Véase lo que se dijo en lecciones anteriores acerca de esta ciudad y de la preponderancia del paganismo en ella.

CORNELIO: En los versículos antes del texto impreso se nos dice que este era un centurión (10.1), y que era “temeroso de Dios” (10.2, 22). Un centurión era un oficial de las legiones romanas. Tradicionalmente le daba ese título porque tenía bajo su mando una “centuria”, es decir, un cuerpo de cien legionarios. Al llamarle “temeroso de Dios”, Hechos está empleando el título específico que los judíos les daban a aquellas personas de origen gentil que creían en el Dios de Israel y procuraban seguir sus leyes morales, pero no se circuncidaban ni guardaban las leyes dietéticas y rituales. Quienes de entre estos “temerosos” se hacían judíos eran llamados “prosélitos”.

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN:

- I. Colocar el texto impreso en el contexto de todo el capítulo
- II. Cuán difícil le sería a Pedro hacer lo que Dios le pedía
- III. La conversión de Cornelio es también la conversión de Pedro
- IV. La fe como fuente de seguridad y como invitación al riesgo
- V. El riesgo amplía y fortalece nuestra fe

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS:

Como en las lecciones anteriores, será útil comenzar señalando el lugar del texto impreso dentro del libro de Hechos, y cómo lo que allí se narra se relaciona con lo que ya hemos visto en lecciones anteriores. Acerca de esto, véase lo que se dice más arriba, en la “Introducción”.

En el día de hoy se nos hace difícil entender cuán difícil y repugnante sería para Pedro lo que se le llamaba a hacer. Cuando leemos que se le mandó comer y matar animales inmundos, pensamos en cerdos y camarones, lo cual no nos resulta repugnante en modo alguno. Así entendido, o que se le pide a Pedro es que desobedezca una ley, como cuando a un cristiano absolutamente abstemio un médico le manda que tome una medicina que contiene alcohol. Pero la verdad es que los sentimientos de un buen judío como Pedro, al ver lo que se le mandaba matar y comer, irían mucho más allá de lo que la conciencia le dictaba, y serían más bien sentimientos de asco que de un conflicto ético o moral.

Es importante entender esto para ver la enormidad del riesgo que Pedro se vio obligado a asumir. Un modo dramático de presentar esto puede ser el siguiente: Busque un libro de cocina con bellas fotografías de platos deliciosos. Y busque también una fotografía de algo repugnante

—una cucaracha, una mosca, o algo parecido. Coloque esta última foto dentro del libro.

Sugíerale a la clase que piense en un menú que usted les va a sugerir. Muéstreles varias fotos atractivas —una sopa, una ensalada, una carne— y dígales entonces que para el postre tendrán ... ¡y muéstreles la foto de la cucaracha o de algo parecido! Explique entonces que la reacción de Pedro ante el lienzo con varios animales sería semejante a la de ellos ante el menú sugerido: disgusto, asco, repugnancia. Esto nos da una idea de la magnitud del paso que iba a dar.

ANÁLISIS DE LA ESCRITURA:

El pasaje que estamos estudiando no se entiende en toda su enormidad sin tener en cuenta la parte del capítulo 10 que le antecede. Allí vemos la historia de dos visiones. La primera tiene lugar en Cesarea, y le viene a un gentil “temeroso de Dios”, y por tanto simpatizante del judaísmo y hasta practicante de muchos de sus principios. La segunda tiene lugar en Jope, y le viene a Pedro. Contrariamente a lo que podríamos esperar, la visión de Cornelio es clarísima, e incluye hasta la dirección exacta del lugar donde Pedro está hospedado, mientras que la de Pedro es menos clara, y el propio Pedro no sabe lo que pueda significar. La visión de Cornelio es positiva, pues el ángel le dice “tus oraciones y tus limosnas han subido para la memoria delante de Dios” (Hch 10.4). En contraste, la de Pedro es dura y hasta repugnante, pues lo que Pedro ve es un lienzo con animales puros e impuros, limpios e inmundos, y se le manda comer de todos ellos. Pedro se niega por tres veces, y la visión desaparece. Será solo según la historia se desdobra que Pedro irá comprendiendo lo que quiere decir.

Las dos visiones convergen cuando Cornelio envía tres hombres a Jope a invitar a Pedro e, instruido por el Espíritu Santo (Hch 10.19-20) este accede a ir con ellos. Pedro sale entonces para Cesarea, acompañado de otros creyentes. Y es aquí que comienza nuestro texto impreso.

Hechos 10.24-38:

v. 24: *Al otro día entraron en Cesarea:* Es decir, el día después de haber salido de Jope. El grupo sería relativamente numeroso, pues además de Pedro irían los tres mensajeros de Cornelio y los “hermanos de Jope” (quienes según Hch 11.12 eran seis).

... habiendo convocado a sus parientes y amigos más íntimos: La visión y fe de Cornelio son tales, que está seguro de que Pedro responderá a su invitación, y por tanto no está esperándole solo, sino que ya ha invitado a otros para que con él reciban y escuchen a Pedro. Aunque el texto no lo dice, es de suponerse que estas otras personas también serían, como Cornelio, “temerosas de Dios”.

vv. 25-26: *postrándose a sus pies, le adoró:* Quizá la traducción “adoró” sea demasiado fuerte, pues da a entender que Cornelio pensaba que Pedro era un dios. Eso contradeciría el hecho mismo de ser “temeroso de Dios”. El verbo que aquí se traduce por adorar se refiere no solo al culto debido a Dios, sino a una señal de profundo respeto que era costumbre hacer ante personas de alta categoría. La respuesta de Pedro, levántate, pues yo mismo también soy hombre, no está reprendiendo a Cornelio por idólatra, sino que le está diciendo sencillamente

que Pedro no merece devoción ni admiración especiales.

v. 28: *vosotros sabéis cuán abominable es para un judío...*: Esto refleja la repugnancia a que ya nos hemos referido. Pedro empieza por decirles que lo que está haciendo es inusitado. Entre líneas, podemos leer que no está muy a gusto en la situación. Y explica entonces por qué es que ha venido a casa de Cornelio: *pero a mí me ha mostrado Dios que a nadie llame común o impuro*. En esta respuesta vemos que por fin Pedro empieza a entender el significado de la confusa visión que tuvo antes en Jope. Pero todavía se nota cierta renuencia. Al leer el pasaje, casi podemos oír tras las palabras de Pedro otra voz: “Dios me ha mostrado que a nadie llame común o inmundo. Si de por mí fuere, eso es precisamente lo que os llamaría. Pero, como Dios me lo ha prohibido, no lo haré”.

vv. 30-33: *Hace cuatro días ...*: En estos versículos Cornelio repite, casi palabra por palabra, lo que ya se nos dijo en los vv. 4-6.

vv. 34-35: *en verdad entiendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación ...*: Al escuchar de la visión de Cornelio, Pedro sigue progresando en la comprensión de su visión. Ya no es solo cuestión de no llamar a nadie inmundo, sino que es también cuestión de reconocer que el amor de Dios no se limita a los hijos de Israel.

vv. 36-38: *Dios envió mensaje a los hijos de Israel ...*: Lo que sigue es el comienzo del discurso de Pedro ante Cornelio y los suyos, que continúa más allá de nuestro texto impreso, hasta el v. 43. Nótese que, aunque Pedro ya entiende que Dios no hace acepción de personas, y que no ha de llamar “inmundos” a Cornelio y sus allegados, todavía da a entender que lo que Dios ha hecho en Jesús es para *los hijos de Israel*. Aunque al leer el discurso de Pedro hoy no parece que es un sermón de evangelización, en realidad Pedro no les está invitando a creer ni a bautizarse. La visión le ha dicho a Cornelio que escuche lo que Pedro le ha de decir, y en obediencia a esa misión Pedro les cuenta lo que aconteció entre los hijos de Israel. Su discurso es más bien un informe, un reportaje periodístico, que una invitación a creer o a aceptar a Jesús como Salvador y Mesías.

El texto impreso termina cuando Pedro todavía está hablando, y no nos dice nada acerca de lo que sucedió en medio de su discurso. Si seguimos leyendo veremos que en el v. 44, mientras todavía Pedro está hablando y no parece haber dado señal de que está a punto de terminar, “el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso”. El texto no nos dice qué señales hubo de esto, si hablaban en lenguas, si se emocionaban, si lloraban, o qué. Eso no es lo importante. Lo importante es que el Espíritu desciende sobre una audiencia de gentiles.

Es entonces que nos damos cuenta de la enormidad de lo que está sucediendo y de lo que Pedro está haciendo. Al ver que estos gentiles han recibido el Espíritu Santo, Pedro se pregunta si puede haber razón alguna para no bautizar a estos quienes “han recibido el Espíritu Santo lo

mismo que nosotros”, y manda que se les bautice. Pedro ha quebrantado todas las reglas: ha entrado a casa de gentiles y se ha codeado con ellos; al ver que reciben el Espíritu Santo, les ha bautizado; y, para colmo, el capítulo termina diciéndonos que “le rogaron que se quedara por algunos días. ¡Él, Pedro, quien no quería comer nada impuro, y quien se mostró renuente hasta a entrar en casa de gentiles!

APLICACIÓN:

Para aplicar debidamente el pasaje a nuestra propia situación, tenemos que entender la renuencia de Pedro ante la enormidad de lo que Dios está pidiendo de él. Esa renuencia no se debe a que se le requiera un incómodo viaje hasta Cesarea, sino que se basa en sentimientos profundamente arraigados en él desde el día de su nacimiento. Si usamos el ejemplo sugerido en las “Recomendaciones educativas”, sería como si nos pidiera que preparáramos una cena y se nos hiciera difícil, no por el trabajo que eso conlleva, sino porque el menú incluye algo que nos resulta repugnante.

El resultado de todo esto no es solamente la conversión de Cornelio y los suyos, sino también en cierto sentido la conversión del propio Pedro. Pedro, el humilde pescador del Mar de Galilea, ahora descubre que el evangelio que él mismo ha estado predicando tiene un alcance que él mismo no hubiera podido soñar. Pedro, quien no quería tener nada que ver con nada impuro, ahora se hospeda en casa de gentiles.

Esto nos enseña al menos dos cosas importantes para nuestra vida en la fe. La primera de ellas es que la fe, una vez alcanzada, no nos invita sencillamente a descansar y hacer las cosas como siempre las hemos hecho. Alguien ha dicho que, en medio de la turbulencia del mundo, la fe es como un nido en el cual podemos estar seguros aun cuando el vendaval nos azote. Eso es cierto. Pero también es cierto que la fe nos llama a abandonar el nido, a volar hacia tierras ignotas, a ver panoramas nunca antes soñados.

Hay riesgos tan serios que solo podemos tomarlos por fe. Piense usted en un alpinista que desciende lentamente por una pared vertical bajo la cual hay una caída de cien metros. El alpinista se puede arriesgar a hacer lo que hace porque confía en la firmeza de las estacas que ha ido clavando en su camino, y en la fuerza de la soga de la cual prácticamente cuelga. Sin las estacas y la soga, su aventura sería una locura, y los resultados serían trágicos. Pero las estacas y la soga no le sirven de mucho si no está dispuesto a arriesgarse y emprender el descenso. Sin el riesgo, todo ese equipo no es sino un adorno inútil y quizá hasta una carga.

Lo mismo es cierto de la fe. Cuando estamos bien anclados y ancladas en la fe, nos atrevemos a hacer cosas y emprender tareas que de otro modo nos serían imposibles. No es solo Pedro quien asume serios riesgos por la fe. Los asumió también Esteban; y, aunque su fe no le impidió morir apedreado, esa misma fe le dio la victoria aun más allá de su muerte, y por encima de quienes le apedreaban. Los asumieron también quienes partieron como misioneras y misioneros a tierras lejanas, quienes les prestaron albergue a peregrinos necesitados, quienes a

través de los siglos se han ofrecido en servicio a los demás.

Pensemos igualmente en nuestros antepasados más inmediatos en la fe —aquellas primeras personas que aceptaron el evangelio cuando era mal visto. Cada vez que dieron testimonio de su fe se arriesgaban. Se arriesgaban al ridículo, al ostracismo, y frecuentemente hasta al desempleo. De no haber tenido fe, ¿hubieran podido hacer lo que hicieron?

Y pensemos en nuestro propio caso. ¿Qué riesgos hemos podido tomar porque teníamos firme el ancla de la fe? ¿Nos atrevimos quizá a dejar un empleo que no nos parecía ser lo que Dios quería de nosotros? ¿Dimos testimonio de nuestra fe en algún lugar o en alguna circunstancia en que sabíamos que se nos vería mal precisamente por dar testimonio? ¿Conocemos a alguien que emprende tareas difíciles y hasta al parecer imposibles porque tiene fe?

Y pensemos también en la otra cara de la moneda. Cuando no nos atrevemos a dar testimonio de nuestra fe, ¿será que nuestra propia fe no está firme? Cuando no nos atrevemos a preguntarnos qué nuevas aventuras nos tendrá reservadas Dios, ¿no será que nuestra fe es insuficiente para enfrentarnos a los posibles riesgos?

Decíamos más arriba que la historia de Pedro y Cornelio nos enseña al menos dos cosas. Esto nos enseña al menos dos cosas importantes para nuestra vida en la fe. Repitamos que la primera de ellas es que la fe, una vez alcanzada, no nos invita sencillamente a descansar y hacer

las cosas como siempre las hemos hecho, sino que nos llama a nuevos riesgos y aventuras. La segunda es que en el proceso mismo de dar testimonio los creyentes tenemos experiencias de conversión. Al dar testimonio ante Cornelio, Pedro tiene una especie de conversión, pues deja de ser aquel judío de mente estrecha para descubrir algo de la amplitud del amor de Dios y del alcance del evangelio. Muchos hemos tenido la experiencia de ver que nuestra fe se fortalece y se vuelve más profunda en el acto mismo de compartirla.

Lo que es cierto de los creyentes individuales es también cierto de la iglesia como un todo. Por eso, bien podemos decir que la historia de la misión de la iglesia es también la historia de sus repetidas conversiones —a veces renuientemente, como en el caso de Pedro. A través de la misión de Felipe, de Pedro, de Pablo y de muchos otros, la iglesia cristiana se dejó de ser una secta judía para anunciar y descubrir el amor de Dios hacia los gentiles. A través de la misión entre los griegos, la iglesia descubrió mucho del alcance de la sabiduría de Dios. A través de su obra misionera en el siglo 19, la iglesia descubrió el racismo que existía en su propio seno.

Dicho de otro modo, los creyentes y la iglesia no descubrimos a Dios solamente en la iglesia, y no es solamente a través de otros creyentes que Dios nos habla. Dios le habló a Pedro a través de Cornelio. Pedro descubrió a Dios cuando el Espíritu Santo se derramó sobre Cornelio y sus allegados.

¿Qué riesgos nos estará invitando el Señor a tomar hoy? ¿A dónde querrá que vayamos, más allá de nuestra comunidad de fe? ¿Qué maravillas descubriremos si nuestra fe es tal que nos permita asumir riesgos?

RESUMEN:

El encuentro entre Pedro y Cornelio, y las visiones que les preceden, nos muestran, por una parte, cuán difícil y riesgoso debió haber sido para Pedro obedecer la voluntad de Dios; y, por otra parte, cómo el mismo Pedro se “convierte” al ver la conversión de Cornelio —es decir, cómo descubre en el evangelio dimensiones que antes no había visto o no le parecían importantes.

Esto nos lleva a ver que la fe es a la vez fuente de seguridad e invitación al riesgo. No es que las dos cosas se contradigan, sino que para poder arriesgarnos necesitamos tener una fe firme. Una fe que no se atreve, una fe que le teme a todo lo que sea nuevo o diferente, no es verdadera fe. Es más bien como una muleta en la que nos apoyamos para seguir el camino que nos hemos trazado.

Cuando la fe se arriesga, se acrecienta. Cuando la fe se enfrenta a situaciones nuevas, se descubre a sí misma. Cuando damos testimonio, nuestra propia fe se fortalece. Cuando la iglesia se vuelca hacia fuera, ya sea en misión a lugares lejanos, o ya sea dentro de su propio barrio, la iglesia misma descubre nuevas dimensiones en su propia fe.

ORACIÓN:

Creemos, Señor. Auméntanos la fe. Perdónanos cuando en la debilidad de nuestra fe no nos hemos atrevido a emprender nuevas aventuras, o a dar testimonio firme en situaciones difíciles. Danos una fe que nos dé tal seguridad en tu amor y en tus designios, que nos atrevamos a asumir riesgos que de otro modo no asumiríamos. Llévanos a donde tú desees, en la seguridad de que ya tú estás ahí, esperándonos. Amén.

LECTURAS DEVOCIONALES PARA LA PRÓXIMA SEMANA:

Lunes (Oct. 19) - Isaías 49.5-7

Martes (Oct. 20) - Juan 4.3-14

Miércoles (Oct. 21) - 1 Pedro 3.13-18

Jueves (Oct. 22) - Efesios 2.11-22

Viernes (Oct. 23) - Filipenses 3.17-21

Sábado (Oct. 24) - Hechos 11.19-26

Domingo (Oct. 25) - Hechos 11.1-18

